



Construcción moderna; casa del Sr. Isla Fernandez, en la Plazuela de San Martín.

CARLOS XII.

Carlos XII, rey de Suecia, hijo de Carlos XI, nació en 1682. Los ejercicios militares fueron sus primeros juegos, y era todavía un niño cuando manifestaba ya la ambición de un conquistador. Traduciendo un día á Quinto Curcio le preguntó su preceptor cuáles eran los pensamientos que tenía sobre Alejandro: «Pienso, respondió Carlos, que quisiera parecerme todo á él.» Pero tened en cuenta, advirtió prudentemente el preceptor, que tan grande hombre no vivió más que treinta y dos años. «¡Ah! se apresuró á interrumpir el príncipe: ¿y no es bastante cuando á esa edad se han conquistado ya tantos reinos?»

Aconsejado su padre por la prudencia, dispuso en su testamento que el nuevo rey no se declarase mayor de edad hasta cumplir los diez y ocho años, pero él lejos de prestar obediencia á semejantes disposiciones, se hizo proclamar mayor de edad á los quince años, arrancando la corona de manos del arzobispo Upsal, y poniéndosela él mismo sobre la cabeza con tanta espresion de dignidad y grandeza que impuso á la multitud, haciéndola prever que se preparaba un reinado helicoso.

La juventud de Carlos XII dió audacia á los reyes sus vecinos, que se prepararon á esplotarla en provecho propio. Federico Augusto, rey de Polonia y elector de Sajonia, Federico IV, rey de Dinamarca, y Pedro el Grande, Czar moscovita, formaron una liga contra él, y resolvieron acometer su reino por diferentes puntos.

El primer efecto de esta secreta alianza fué caer sobre el duque de Holstein, cuñado del rey de Suecia, contra el cual empezó las hostilidades el rey de Dinamarca. Aquí es donde el jóven rey empieza á desplegar sus grandes talentos, que le colocaron poco después entre los primeros capitanes de su siglo. Ayudado por la Inglaterra, la Holanda y los príncipes de la casa de Lunebourg, se precipita sobre Dinamarca, sitia á Copenhague, y fuerza á los dinamarqueses en sus atrincheramientos, haciendo decir á Federico que si no hace justicia al duque de Holstein, va á destruir á Copenhague, y pasar á fuego y sangre todo su reino. Ante esta amenaza se alarma el rey de Dinamarca y se prepara á entrar en negociaciones con el duque de Holstein.

Esta guerra, llevada á cabo con la velocidad del rayo, duró seis semanas. Pero incansable el jóven Carlos y ansioso de vengar las injurias recibidas de sus enemigos, se arroja á batirse con los rusos que en número de cien mil sitiaban á Narwa. Era un número inmenso comparado con el de los suecos, que no pasaba de nueve mil, y que sino hubiera sido tan excesiva la diferencia, podría haberse equilibrado la falta numérica con la disciplina y el valor real, porque los rusos eran tropas indisciplinadas, y no tenían la experiencia y la sabia táctica de los suecos. Apenas llegó Carlos cuando se lanzó lleno de coraje sobre ellos: les forzó en sus atrincheramientos, causándoles una espantosa carnicería. Treinta mil fueron muertos y ahogados, veinte mil pidieron cuartel, y el resto se dió á la fuga. Carlos tuvo la fortuna de no contar de los suyos mas que dos mil entre muertos y heridos.

Esta victoria, que le dió una prodigiosa reputacion en Europa, 9 DE DICIEMBRE DE 1655.

puede decirse que tan luego la causa de todos sus infortunios, pues dándole mucha confianza é inspirándole sobrado atrevimiento, no le hizo saber más que con guerras y conquistas.

Venido el Czar, dirige Carlos sus armas contra Augusto: pasa el río Duna, bate al mariscal de Strehan que le disputa el paso, fuerza á los sajones en sus puestos, gana una señalada victoria, atraviesa vencedor la Curlandia, se apodera de la Lituania, somete todo el país, y se hace dueño de Varsovia despojando á Augusto del reino.—Perseguido aun á este desgraciado príncipe, gana la batalla de Chiesan, pone de nuevo en huida á la armada sajona, y coloca sobre el trono de Polonia á Estanislao Lecinski.

Reducido Augusto al último extremo, se vió obligado á pedir la paz, la que obtuvo con la condición de reconocer á Estanislao por rey de Polonia. Carlos se contentó solo con la gloria que tantas conquistas le habían obtenido, y la Europa le admiró tanto por este desinterés como por sus victorias. Indudablemente era esta la ocasión de hacer una paz general que Carlos hubiera alcanzado muy fácilmente. La guerra que él había hecho hasta aquí era tan justa que no había nadie que le acusara por ello; pero ya se había vengado suficientemente de los que habían pretendido despojarle de su reino, venciendo los y humillando, y las batallas que dió de aquí en adelante no tuvieron otra causa que su ambición desmesurada.

En 1707 salió de Sajonia con un ejército de cuarenta mil hombres con el que adquirió desde luego una infinidad de ventajas, ganó un gran número de combates, obligó á los rusos á abandonar á la Polonia, persiguiéndolos hasta Moscon. Pero aquí empieza á abandonar la fortuna, pues poco después pierde la famosa batalla de Poltava en julio de 1709. Ocho mil rusos quedaron en el campo de batalla y Carlos tuvo que acogerse á Turquía. De aquí en adelante la vida de Carlos es una continua sucesión de desastres, que á pesar de sus esfuerzos no le evitaban el ridículo título del Quijote del Norte. Murió en 1765.

El Marañón.

El gobierno del Perú está haciendo laudables esfuerzos, muy dignos de llamar la atención de Europa, para atraer á las regiones que posee, una parte de los emigrados que salen anualmente de esta parte del mundo. Su objeto es poblar y cultivar la porción que le pertenece en el curso del Marañón ó río de las Amazonas.

Es sabido que el Marañón es el río más grande de las cuatro partes del mundo. Sus afluentes, entre los cuales se cuentan ríos muy caudalosos, vienen de muy lejos, del Norte al Mediodía, á reunirse para formar la arteria principal que corre del Oeste al Este, describiendo varias curvas. Su cuenca ocupa casi todo el espacio del continente americano en un punto en que es estremamente ancho; con efecto, las fuentes del Marañón están á treinta ó cuarenta leguas del Océano Pacífico, y van á desembocar en el Océano opuesto. Esta cuenca ó valle representa groseramente un cuadrado largo, cuyo costado tendrá por la parte mas larga 3,550 kilómetros, y por la mas estrecha 2,800. La superficie de la Francia no formaría mas que un cuadrado de 730 kilómetros de costado, aunque encierre los cinco valles del Sena, Loira, Garona, Rodano y una parte del Rbín. El valle, pues, del río de las Amazonas constituye quince veces la superficie de la Francia. En su curso baña países muy fértiles, en los cuales podrían cultivarse con buen éxito todos los productos naturales. Se puede creer que llegará día en que se desarrollen allí pueblos inmensos, y supliéndoles la densidad de población que tienen actualmente el francés, aquel río vería fácilmente á sus márgenes quinientos millones de habitantes.

Tal es el porvenir, que se puede prever sin exageración, para una época muy remota indudablemente, pero que es permitido juzgar que puede tener su brillante aurora á los ojos de las generaciones presentes. Bastaría en efecto con la vida de un hombre, con tres cuartos de siglo poco mas ó menos, para que el valle del Marañón cobriese por todas partes ciudades florecientes y cultivos admirablemente productivos, si se trasportasen allí desde ahora un millón de hombres; y una emigración semejante no es imposible: la prueba la ofrecen las Californias y la Australia.

Mientras llega ese porvenir misterioso, y en verdad, incierto, sucede, que, por un fenómeno muy extraordinario, ese valle gigantesco se halla casi desprovisto de habitantes, y extraño á los mas simples elementos de la civilización, excepto en un pequeño número de puntos del valle, en el Perú, el Ecuador y Bolivia. Todo lo que allí se encuentra á largas distancias, son algunas tribus salvajes, sumidas en la mayor ignorancia, é incapaces de hacer producir al fértil suelo que habitan. Los viajeros europeos que han penetrado en aquellas regiones, se han visto espuestos á muchas privaciones y peligros. La mayor parte de ellos han hallado la muerte ó la este-

rucción en medio de las fieras ó los salvajes, en los espesos bosques, ó insalubres pantanos. Una prueba de esto la tenemos en la expedición que hizo y dirigió por aquellas regiones con tanto valor como habilidad el intrépido M. de Castelnau, y en la cual halló la muerte su colega M. Oeser.

Y no obstante, hay mil razones que debieran decidir á la aventurera raza blanca, depositaria hoy de la civilización, á colonizar el Marañón. No se trata de tierras condenadas por el frío de los polos ó por la estérilidad; por el contrario, este río se estiende á derecha é izquierda del Ecuador. No se trata de arenas áridas como los desiertos de África, ó una gran parte del curso del Misouri, en la América del Norte, sino de una red de innumerables valles que bañan inagotables manantiales. No se trata de montañas escarpadas, puesto que mas de nueve décimas de la superficie que ocupa el valle son llanuras espaciosas. Cierto que escasean los caminos, pero el hombre civilizado no se le ha establecido allí todavía; pero por una fortuna singular, una porción de corrientes de agua son navegables, y hacen fáciles las comunicaciones casi todo el año. La misma arteria principal, el Marañón ó río de las Amazonas, es navegable desde su desembocadura hasta Tomepanda, en donde sale de las montañas, que es una extensión de 4,000 kilómetros. Entre sus tributarios, algunos ofrecen un curso navegable de unos mil kilómetros.

La mayor parte del curso del río de las Amazonas pertenece al Brasil, que posee su desembocadura, aucha como un mar, pero la parte superior pertenece á otros tres Estados, á las repúblicas del Ecuador, Perú y Bolivia, y aun él constituye sus provincias mas estensas. El suelo de Bolivia se reduce casi á la cuenca ó valle del Beni y del Madeira, afluentes á la derecha del Marañón. Al Oriente de la cresta de los Andes, el Perú se compone del valle del Ucayali, del Apurimac, del Huallaga, y de la parte superior del valle del mismo Marañón. La ciudad de Cuzco, célebre en los fastos de la conquista, y renombrada por la riqueza de su suelo, está situada entre el Ucayali y el Apurimac.

Como poseedor del nacimiento del Marañón, y de sus dos márgenes en una extensión de docientas leguas, el gobierno peruano ha celebrado en Octubre de 1831 con el Brasil un tratado de limitación de ambos territorios. El gobierno del Perú, que desea colonizar aquel vasto país, ha aprovechado esta circunstancia para hacer aceptar al brasileño, que había cerrado hasta ahora el río á la Europa, imposibilitando así todo comercio y colonización, un compromiso, en virtud del cual una compañía mixta, brasileña y peruana, tendrá derecho de establecer vapores en todo el curso del Marañón, desde su origen hasta el Océano. Parece que esta compañía se halla ya constituida, y por consiguiente la barrera que por el Oriente ó por el Océano Atlántico condenaba este inmenso valle del Marañón á la soledad y á la aridez, ha desaparecido, é lo menos en principio y de derecho.

Dado este paso, el gobierno peruano, constante en su decreto anhelo de poblar y colonizar, y comprendiendo que le correspondía á él el allanar el obstáculo que se ofrecía del lado del Océano Pacífico, ha promulgado el 15 de Abril último un decreto, cuyo objeto es hacer conocer á los emigrados europeos las ventajas que pueden obtener allí.

Una ley anterior, del 17 de Noviembre de 1840, habia concedido á los leones y empresarios de colonización una prima de 50 piastres por cada emigrado, fuera hombre ó mujer.

El decreto del 15 de Abril añade otros beneficios en favor de los mismos emigrados. Este decreto está dado en la suposición de que los emigrados desembarquen en la costa del Perú.

Una vez en un puerto del Perú, un navio del Estado los trasportará al de Huanchaco, provincia de la Libertad, lindante con el nacimiento del río. Trojillo, capital de la provincia, y ciudad importante, solo dista dos leguas de Huanchaco.

El gobernador civil de la provincia, bajo cuya inspección se hará el desembarco, los enviará á su destino, á costa del gobierno, dándoles todos los medios necesarios. Al fin de su viaje recibirán gratuitamente tierras en diversa cantidad desde 4 á 80 hectares, y serán provistos de instrumentos aratorios, útiles y simientes por cuenta del gobierno.

Sus tierras estarán exentas de la contribución territorial indefinidamente. No pagarán ninguna contribución personal durante los primeros años palmíeros. Del mismo modo estarán exentas perpetuamente del pago del diezmo, ó otra prestación cualquiera para el clero, contribuciones que en la América á l Sud son bastante onerosas. Los derechos del papel sellado no los pagarán tampoco. Al mismo tiempo tendrán derecho de administrarse ellos mismos municipalmente, y tendrán derecho de estar sujetos á los tribunales del país, elegirán ellos en lugar de estar sujetos á los tribunales del país, elegirán ellos sus jueces. En fin, para dar salida á los productos de su cultivo, se concluirá los caminos, decretados y comenzados el año de 1845, que les permitirán el ir al cerro de Paseo, centro importante de la

explotación de las minas de plata, cerca del cual se hallan abundantes minas de carbón de piedra, y que está llamado á mucha prosperidad.

Todo parecía bien dispuesto para el éxito feliz de la empresa. Un funcionario distinguido, que ha estudiado la cuestión profundamente, está colocado en el centro del país para colonizar con el título de gobernador general, y tiene poderes muy amplios para evitar el tener que acudir al gobierno de Lima cuanto sea posible.

Muchos barcos de vapor han sido mandados hacer en los Estados-Unidos por el gobierno del Perú, y se emplearán en recorrer y explorar todos los ríos importantes que afluyen al Marañón.

El gobierno peruano, á cuya cabeza se halla el general Echénique, se señala por el celo constante con que trabaja para afianzar la tranquilidad y desarrollar la prosperidad públicas. Su hacienda está en el mejor orden, y de ese modo tiene recursos para llevar á cabo el proyecto que ha concebido y revelado á la Europa. En un país donde hay muchísimo que hacer, donde todo estaba atascado, el gobierno comprendió que era preciso acclimatar las artes y el ingenio europeos, como el único medio de evitar la absorción que amenaza por parte de los Estados-Unidos á todo el nuevo continente.

Persuadido de que una de las mejoras más indispensables y más urgentes era dotar al país con medios de transporte, de que hasta el presente carecía, ha hecho ir últimamente de Francia algunos ingenieros notables por su experiencia y su saber. La tentativa de colonización á que se dedica en este momento, se anuncia en tales términos, que no puede dejar de ofrecer buenos resultados, si persevera en el camino en que se ha lanzado, y es muy probable que cierto número de colonos franceses vayan allí á establecerse.

LA MANO ROJA,

POR NATHANIEL HAWTHORNE.

(Conclusión.)

— ¡Ciertamente es una cosa mágica! exclamó Georgiana. No me atrevo á tocarla.

— ¡Cortadla, dijo Aylmer, cortadla, y respirad su perfume hasta que lo conserve. La flor va á marchitarse al momento, sin dejar mas que un grano negrozco que podrá perpetuar este género efímero.

Pero apenas la hubo tocado Georgiana, la planta entera se marchitó, y sus hojas se volvieron negras como el carbón, como si las hubiera quemado el fuego.

— Mi estimulante era demasiado fuerte, dijo Aylmer distraidamente.

Para reemplazar esta abortada experiencia, propuso á su mujer el hacer su retrato por medio de un procedimiento de su invención. Este retrato debía reproducirse en una placa de metal bruñido, á influjo de los rayos solares. Georgiana consintió en ello espontáneamente.... Pero al contemplar el resultado, se asustó viendo sus facciones confusas y anegrecidas; en vez de la mejilla solo se percibía una manecita. Aylmer cogió la placa de metal, y la echó en una basija llena de un ácido corrosivo.

Pero pronto olvidó estas desgraciadas experiencias. En los intervalos de sus estudios y operaciones, venía encendido y cansado al lado de Georgiana, junto á la cual parecía animarse de nuevo, hablando con calor de los recursos de su arte. Contóle la historia de la dinastía de los alquimistas, que pasaron tantos siglos buscando el disolvente universal, que debía dar por resultado la extracción del oro de las mas vilas y bajas materias. Aylmer creía, que, de acuerdo con la simple lógica de la ciencia, estaba en los límites de lo posible el hallar este medio tanto tiempo hacia buscado; pero añadió, que el finco que fuera bastante hábil para adquirir este poder, tendría también la sublime discreción de no rebajarse hasta ejercerlo. Su opinión acerca del elixir de la vida no era menos singular. Decía, que no necesitaba más que querer para componer un licor que prolongase la vida muchísimos años—quizá indefinidamente;—pero que esto acarrearía tal desorden á la naturaleza, que todo el mundo, y especialmente el bebedor del elixir de inmortalidad, tendría motivo de maldecirlo.

— ¡Hablais seriamente, Aylmer? preguntó Georgiana, mirándole con una admiración mezclada de temor. ¿Terrible es poseer semejante poder, ó solamente soñar que se posee?

— ¡Oh! no temblais mi dulce amiga. Yo no quiero prolongar vuestra vida en la tierra á riesgo de tantos trastornos. Pero, pensad cuánto mas fácil me será hacer desaparecer esa manecita.

Al mencionar el signo fatal, Georgiana tembló, como si un hilo candente le hubiere tocado la mejilla.

Aylmer volvió á sus trabajos. Aunque separada de él por muchos

plazas, Georgiana oía las órdenes que daba á Amisadab, cuya voz respondía desde el hornillo, rones, extraña, y mas parecida al gruñido de un bruto, que al lenguaje de un hombre. Después de algunas horas de ausencia, Aylmer volvió á proponer á su mujer que visitara el gabinete donde habia reunido sus producidos químicos mas raros, y diversas muestras de los tesoros arrancados del seno de la tierra. Entre los primeros, le enseñó un frasquito, en el cual, decía él, habia encerrado un perfume suave, pero muy poderoso, puesto que era capaz de impregnar todos los vientos que soplan en la extensión de un vasto reino. Esta esencia era de un precio inestimable; esparció en el aire algunas gotas, y llenó la habitación de un olor delicioso y fortificante.

— ¿Y qué es esto? preguntó Georgiana, señalando á un globo de cristal que contenía un licor de color de oro. Tan hermoso es, que estoy por creer que es el elixir de la vida.

— Mejor direis, el elixir de la inmortalidad. Ese es el veneno mas precioso que se ha compuesto en la tierra. Con él, podria yo fijar la duración de la existencia de cualquier hombre que me designara. La cantidad de la dosis determinaria si habia de apagarse con lentitud, ó morir de repente. Ningun hombre sentado en su trono, y rodeado de su guardia podria conservar la vida, si supiera ya, en mi humilde posición, que dependia de su muerte el bienestar de millones de criaturas.

— ¡Para qué conservais tan terrible veneno? preguntó Georgiana horrorizada.

— No desconfiéis de mí; su virtud benéfica es aun mayor que su destructor poder. Pero mirad este cosmético. Algunas gotas en un vaso de agua bastan para quitar las manchitas rojas. Una infusión mas fuerte absorberia la sangre de las mejillas, y dejaria á la belleza mas hermeja, tan pálida como una fantasma.

— ¿Vais á lavar mi cara con esta composición? preguntó Georgiana con inquietud.

— ¡Oh! no, respondió su marido, porque solo obra superficialmente, y vuestro caso exige un remedio, cuya virtud penetre muy adentro.

En sus entrevistas con Georgiana, Aylmer averiguaba siempre con escrupuloso cuidado las sensaciones que experimentaba, y si esta vida de reclusión y la temperatura de aquella atmósfera le contribuian. Sus preguntas eran tan singulares, que Georgiana comenzó á creerse sometida á ciertas influencias medicinales que respiraba con el aire embalsamado, ó que absorbía en sus alimentos. Imaginóse también,—tal vez era una vana imaginación,—que sentía cierta excitación en toda su economía, una sensación extraña, indefinible, que circulaba por sus venas, produciéndola cierto hormigueo en el corazón, juntamente agradable y doloroso. Sin embargo, cuando tenía valor para consultar su espejo, se veía siempre pálida, como una rosa blanca, con la mano roja grabada en la mejilla. ¡Oh! en aquel momento, Aylmer mismo no odiaba tanto como ella la marca fatal.

Para disipar el fastidio de las horas que su marido consagraba á sus procedimientos de combinación y de análisis, Georgiana cedió los volúmenes de su biblioteca. En muchos sombríos y viejos libros encontró capítulos romancescos y poéticos. Era la obra de los físicos de la edad media, tales como Alberto el Grande, Cornelio Agrippa, Paracelso, y el moje famoso que inventó la profética *cabeza de bronce*. Todos estos naturalistas marchaban delante de su siglo, conservando, no obstante, cierta dosis de la credulidad de su tiempo, de modo que creían, tal vez tan firmemente como el vulgo, que á fuerza de estudiar la naturaleza, habían adquirido un poder sobrenatural, y el impulso sobre el mando de las inteligencias. Los primeros volúmenes de las *Transacciones de la sociedad real* eran casi tan curiosos, porque los miembros de esta sociedad, conociendo poco los límites de lo posible, no habían cesado de registrar milagros, ó de proponer medios de hacerlos.

Pero el volumen que mas le interesó, fué un gran tomo, en que su marido habla escrito de su propio puño todos los experimentos de su carrera científica, con el objeto que se habia propuesto en su origen, los elementos para conseguirlo, su buen ó mal éxito, y las causas á que atribuía uno y otro. Este libro era, al mismo tiempo, la historia y el emblema de su vida ardiente, ambiciosa, imaginativa, crítica y laboriosa á la vez. Trataba de las cosas materiales, como si no tuviera nada fuera de ellas; y sin embargo, las espiritualmente, y criticaba el materialismo con su viva y fuerte aspiración hacia lo infinito. En su marco, el átomo mas pequeño revestía un alma. A medida que leía, Georgiana respetaba y amaba á Aylmer mas que nunca, aunque con menos confianza que antes en la infalibilidad de su juicio. Por grandes que fueran las cosas que él habla hecho, no podia prescindir de observar que sus mas brillantes triunfos eran casi derridos, comparados con el ideal que se habia propuesto. Sus mas hermosas descubiertas eran solo viles guijarros al lado de la inestimable piedra que exis-

tia fuera de su alcance. Este volumen, enriquecido con los descubrimientos que habían labrado la reputación de su autor, era, por otra parte, el diario más triste que haya trazado jamás la mano del hombre. Era la mortificante confesión y la pitueta continua de la impotencia humana.—Este espíritu encerrado en barro y trabajando la materia,—y de la desesperación que asalta á la naturaleza superior contemplándose tan miserablemente conculcada por la parte terrestre. Tal vez todo hombre de genio, cualquiera que fuera su esfera, hallaría en el diario de Aylmer la imagen de su propia existencia.

Estas reflexiones afectaron tan profundamente á Georgiana, que inclinó la cabeza sobre el libro, y prorumpió en llanto. En este estado la encontró su marido.

—Se peligrosó leer los libros de no mago, dijo sonriéndose, aunque su fisonomía reveló inquietud y descontento. Georgiana, en ese volumen hay páginas que me es difícil leer sin perder un poco la razón. Tened cuidado, no sea que os hagan mal.

—No han hecho más que hacerme más estimable á mis ojos.

—Aguardad el éxito de este experimento; después me informaréis si gustais. Casi me creeré digno de ello, cuando la victoria haya coronado mis esfuerzos... ¡Pero yo he venido para quitar del encanto de vuestra voz, mi querida amiga!

El punto hizo ella hollar la líquida música de su voz para apagar la sed de su alma. Dejola él después con la exuberante alegría de un niño, asegurándole que su reclusión sería breve, y que estaba seguro del buen resultado. Apenas se había alejado, cuando Georgiana se sintió irresistiblemente impelida á seguirlo. Había olvidado el hablarle de un síntoma que, dos ó tres días antes había comenzado á llamar su atención. Era, que en el punto de la marea fatal, notaba una sensación, no precisamente dolorosa, pero que disminuía en toda su existencia una vaga inquietud. Corrió, pues, detrás de su marido, y penetró por la vez primera en su laboratorio.

El objeto que atrajo primeramente sus miradas fué el hornillo, este trabajador ardiente y febril, con el color candélico de su lumbre, que parecía arder por espacio de muchos siglos, á juzgar por el hollín de sus paredes. Un aparato distilatorio funcionaba en aquel momento. Al rededor de la habitación se veían tubos, redomas, cilindros, crisoles y otros instrumentos de química. Una máquina eléctrica estaba preparada en caso de necesidad. La atmósfera era pesada, sofocante, llena de gases estruendos, con mucha pena, de materias atormentadas por la ciencia. La severa sencillez de la pieza, las desnudas paredes; el piso enladrillado, estruendos á Georgiana, acostumbrada á la elegancia fantástica de su retrete. Pero lo que más le llamaba la atención era el mismo Aylmer.

Estaba este pálido como un cadáver, inquieto, absorto, á inclinándose hacia el hornillo, como si dependiera de su vigilancia que el licor que destilaba se convirtiera en un breaje de felicidad eterna, ó de eterna desgracia. ¡Cuán diferente del aire libre y confiado que efectaba para animar á Georgiana!

—¡Atención, ahora, Aminadab! ¡Atención, ó máquina humana! ¡Atención, ó hombre de burro! murmuró Aylmer, más bien como quien habla consigo mismo, que dirigiéndose á su ayudante.

Una idea de más, ó de menos, bastaría en este momento para perderlo todo.

—¡He, he! dijo entre dientes Aminadab; ¡mirad, señor, mirad!

Aylmer levantó apresuradamente los ojos, se ruborizó al pronto, y se puso más pálido que nunca, viendo á Georgiana. Lanzóse hacia ella, y cogió su brazo con tal violencia, que dejó señalados los dedos en su saniosa carne.

—¿Por qué venis aquí? ¿no tenéis confianza en vuestro marido? exclamó impetuosamente. ¿Queréis comunicar á mi trabajo la mancha de vuestra fatal marca? Eso no es justo. ¡Belizos, carísimos... retirad!

—No, Aylmer, dijo Georgiana con la noble firmeza de que estaba dotada; no tenéis derecho para quejaros (descendáis de vuestra mujer) ¡habéis ocultado la ansiedad que para proseguir el curso de vuestro experimento: ¡No tengais tan mala opinión de mí, esposo mío! decime todos los riesgos que corremos, y no temais que tiemble; ¡los males son más pequeños que los vuestros!

—No, no, Georgiana, repuso Aylmer; ¡no puede ser!

—Me someto, replicó ella con calma. Heberé todo lo que me ofrezcáis, Aylmer; pero como bebería un veneno que me presentárais.

—¡Noble esposa mía! dijo Aylmer, profundamente conmovido. Hasta ahora no he conocido toda la grandeza de vuestro carácter. Nada os ofuscaré ya. Sabed que esa mano roja, por superficial que parezca, se ha grabado en vuestro ser con una fuerza de que yo no tenía ninguna idea. Ya os he hecho tomar agentes bastante poderosos para todo, excepto para alterar vuestra constitución. Un medio solo me queda por ensayar. ¡Si falta, somos perdidos!

—¿Por qué habéis dudado en decírmelo?

—Porque es peligroso, Georgiana, respondió Aylmer en voz baja.

—¡Peligro! no hay más que uno, ¡el de que esta horrible marca quede sellada en mi mejilla! exclamó Georgiana. Barradla á toda costa... ó los dos nos volveremos locos.

—Dios sabe que vuestras palabras son demasiado ciertas, dijo Aylmer tristemente. Ahora, amiga mía, retiraos á vuestro gabinete. Dentro de poco haremos nuestra postrera tentativa.

Acompañada á su habitación, y despidiéndose de ella con una ternura grave que expresaba mejor que las palabras la importancia de lo que se preparaba. Georgiana se abandonó á sus imaginaciones, después que se hubo retirado. Pensó en el carácter de Aylmer, y le hizo más justicia que antes. Su corazón estaba conmovido y lleno de orgullo viendo que no se conformaba él con un objeto imperfecto, y que no podía contentarse con una naturaleza menos ótera que la que se había imaginado. Comprendía cuánto más precio tenía este amor que el sentimiento vulgar que hubiera soportado la imperfección en la mujer amada, y que se hubiera hecho culpable de traición contra el amor santo, rebajando su ideal al nivel de la realidad terrestre. De esta manera, oró con toda su alma para que se realizara, aunque no fuera más que por un instante, su noble y sublime convicción. Bien sabía ella que esto no podría durar más que un instante, porque el espíritu de Aylmer, siempre en movimiento, se elevaba siempre, y á cada instante pedía alguna cosa que no había descubierto en el momento anterior.

El ruido de los pasos de su marido puso fin á sus pensamientos. Venía con un vaso de cristal que contenía un licor tan claro como el agua, pero bastante brillante para ser una bebida de inmortalidad. Aylmer estaba pálido, mas á consecuencia de una grave agitación del espíritu, que por efecto de la duda ó del temor.

—La destilación se ha verificado perfectamente, dijo respondiendo á la mirada de Georgiana. Si toda mi ciencia no es una ilusión, el buen éxito es seguro.

—Sino por vos, querido Aylmer, me sería igual el librarme de este signo, despojándome al punto de mi envoltura mortal. La vida es un goce muy triste para los que alcanzan el grado de desarrollo moral á que yo he llegado. Si fuera más débil ó ciega, la vida podría hacerme feliz. Si fuera más fuerte la soportaría con la esperanza. Pero viendo tal como me siento, creo que estoy, entre todas las criaturas mortales, la más dispuesta á morir.

—Mercedis ir al cielo sin sufrir la muerte. ¡Pero por qué hablar de morir? La bebida es omnipotente. ¡Mirad su efecto en esta planta!

En el alfeizar de la ventana había un geráneo que tenía todas sus hojas salpicadas de manchas negras. Aylmer vertió algunas gotas de su licor en la tierra que lo alimentaba. Al cabo de algunos momentos, apenas tuvieron las raíces de la planta el tiempo suficiente para absorber la humedad, las manchas desaparecieron y fueron reemplazadas por el más fresco verdor.

—No tenía necesidad de prueba alguna, dijo tranquilamente Georgiana. Dadme el vaso. Todo lo arrojé contenta. Nada os vuestra palabra.

—¡Bebe, pues, ó noble criatura! exclamó Aylmer con ardiente admiración. Tu espíritu es perfecto y tu cuerpo lo será también muy pronto.

Georgiana bebió y devolvió á su marido el vaso vacío.

—¡Qué licor tan delicioso! dijo con apacible sonrisa. Parece agua cogida en celestial fuente, á juzgar por el perfume dulce y delicioso que contiene. Con ella acaba de apagar la sed ardiente que me devoraba hace días. Ahora, amigo mío, dejadme dormir. Mis sentidos se repliegan á mi alma, como se repliegan al corazón los pétalos de una rosa al ponerse el sol.

Con cierto esfuerzo pronunció estas últimas palabras como si necesitara más energía que la que pudiera reunir para articularlas. Apenas salieron de sus labios, se quedó profundamente dormida. Aylmer se sentó junto á ella, contemplándola con la emoción de un hombre cuya existencia depende de lo que va á pasar. Se veían sin embargo en él algunos vestigios de esa investigación filosófica propia de un sábio. Ningun síntoma podía pasar desapercibido de él. Un rojo más vivo en la mejilla, una ligera irregularidad en la respiración, un movimiento de la pupila, un estrechamiento de todo el cuerpo, tales eran los detalles que apuntaba en su infolio. Cada una de las páginas de este volumen encerraba un pensamiento absorbente, pero en esta página final se hallaban concentrados los pensamientos de un gran número de años.

No obstante, Aylmer no dejaba de mirar de cuando en cuando la mano roja, aunque no sin cierto terror involuntario. Pero una vez no pudo prescindir, por un impulso extraño é inexplicable, de acercarse á ella sus labios. Al mismo tiempo su corazón se sublevó, Georgiana se agitó con inquietud en medio de su profundo sueño, y pronunció un murmullo de queja. Aylmer siguió, no en vano, su vigilia. La mano roja, al principio tan distinta sobre la palidez marmórea de la mejilla de Georgiana, comenzó á oscurecerse. Georgiana continuaba

tan pálida como antes, pero la marca palidecía también. La presencia de esta mano había sido terrible, su desaparición fué mas terrible todavía. Como desaparece el arco iris del cielo, así desapareció este emblema misterioso.

—¡Ah! ¡ya se ha borrado completamente! dijo Aylmer con indecible trasporte. Apenas lo distingo ya. ¡Victoria! ¡victoria! La manecita ha perdido su color encendido, y la menor animación de su mejilla la hará desaparecer completamente. ¡Pero Georgiana está tan pálida!

Descorrió las cortinas de la ventana y dejó que bañara la luz del día la mejilla de su mujer. En este instante llegó á sus oídos una risotada ronca y grosera, expresión para él muy conocida de la alegría de Aminadab.

—¡Ah, arcilla! ¡ah, materia! dijo Aylmer riendo con cierto delirio; Tú me has servido bien! El espíritu y la materia, la tierra y el cielo han tenido parte en este triunfo. ¡Rie, pues, materia! rie, porque tienes derecho para hacerlo.

Estas exclamaciones pusieron término al sueño de Georgiana. Abrió lentamente los ojos y se contempló en el espejo que su marido le presentaba. Una leve sonrisa asomó á sus labios, observando que la mano roja, poco há tan brillante para eclipsar su felicidad, casi era ya imperceptible. Pero muy pronto buscaron sus miradas las de Aylmer con una turbación y ansiedad que no podía éste comprender.

—¡Mi pobre Aylmer! murmuró Georgiana.

—¡Pobrec! ¡no, ricol ¡dichoso! exclamó Aylmer. ¡Mi incomparable belleza, he triunfado! ¡ya sois perfecta!

—¡Mi pobre Aylmer! repitió ella con ternura. Vuestro objeto era sublime! Habéis obrado noblemente. No sintais, pues, el con un sentimiento tan puro y elevado habéis echado de la tierra lo mejor que esta os ofrecía. ¡Aylmer! ¡querido Aylmer, me muero!

¡Ay! ¡por desgracia era demasiado cierto! La fatal mano roja estaba enlazada misteriosamente con su vida; era un espíritu angélico encerrado en mortal materia. En el momento en que la última tinta oscurada del signo de nacimiento—esta única señal de imperfección humana—desaparecía de su rostro, el último suspiro de la mujer, ya perfecta, se desvanecía en la atmósfera, y su alma, después de haber vagado un instante al rededor de su marido, se remontó á los cielos. Otra carejada ronca y grosera volvió á oírse. De este modo celebra la fatalidad terrestre su triunfo sobre la inmortal esencia, que aspira en esta oscura esfera á la perfección de una existencia superior. Pero si Aylmer hubiera sido mas discreto, no hubiera malogrado la dicha que le hubiera ofrecido días semejantes á los celestiales. Desgraciadamente no pensó más que en lo presente. No dirigió sus miradas mas allá de los sombríos dominios del tiempo; y no sabiendo vivir de antemano en la eternidad, no pudo hallar en lo presente la perfección de lo futuro.

LA MONTAÑA MAGNÉTICA DE SANTO DOMINGO.

¡Qué fijos y arraigados permanecen en la memoria los cuentos de nuestra infancia! Ni los primeros deberes de la vida, ni las penas ó gozos de este mundo pueden borrar en nosotros las imágenes de aquel dichoso tiempo. Aun me acuerdo de la impresión que produjo en mi imaginación infantil el cuento de la montaña encantada.

Al decir de mi nodriza, esta montaña se elevaba solitaria y escarpada del seno de la mar, y todos los buques que navegaban al rededor á cierta distancia, eran atraídos por una fuerza irresistible. Hacía esa roca continuamente golpeada por las olas. En cuanto el buque que debía perderse llegaba cerca, la fuerza magnética que entonces se despendía era tan grande, que los clavos y todo el hierro de la embarcación se escapaban (entonces no se usaban todavía los buques forrados de cobre); luego se soltaban las tablas, los palos caían en la mar, y la tripulación perecía en medio de las ondas, en tanto que la nave se sumergía con un estrépito que daba miedo.

Este cuento me vino á la memoria cuando en mis escursiones por el territorio de Santo Domingo, me hablaron de una montaña formada de piedras imantadas. A la verdad, esta montaña no se hallaba situada cerca del Océano, sino á las orillas del río de Guay, que corre hácia el Oeste, y que en los tiempos de sequía tiene una corriente mansa que se cambia en invierno en un furioso torrente.

Escitaba mi curiosidad: quise subir á la montaña.

Justamente en el mes de Mayo último se me ofreció una buena ocasión para ello. El 15 salí de Bonao, que en tiempo del descubrimiento se hallaba habitada por un poderoso cacique de este nombre, donde Colon fundó una ciudad en el año 1494. El cielo estaba encapotado, y ni la mas ligera brisa movía las hermosas palmeras que adornaban el valle. Llegamos á Piedra Blanca, habitación aislada á la falda de la montaña, á la orilla izquierda del Maymon. La posición de esta morada en un desfiladero montañoso, tenía algo de pintoresco.

Su dueño, que era un anciano, la había construido con sus propios manos; las paredes eran de palma, y el techo de *sabal* ó caña.

Delante de esta *bubia* había un jardincillo con un bonito cercado de rosales.

Un senderillo estrecho, aunque muy practicable, sobre las riberas escarpadas de Maymon, nos condujo á una aldea que lleva este último nombre. Salimos del bosque para entrar en una sierra enojonada en medio de las ramificaciones de una montaña cortada á pico, llamada Pegoera, en cuyos picos se descubrían algunos picos. Yo bajé para admirar la belleza de aquel cuadro, y para coger al mismo tiempo un ramo de flores; pero un fuerte aguacero que sobrevino, me impidió salir adelante con mi propósito.

Nos hicimos acercando á un arroyo que en el curso de los tiempos había logrado hacerse una madre de 40 á 50 pies de profundidad. La cuesta que llevaba el arroyo se había puesto muy resbaladiza por la lluvia, de modo que no salí de allí sin que mi caballo diera algunos tropezones.



(Aventuras de un loco coronado.)

Llegamos en fin á las habitaciones diseminadas en el campo que formaban la aldea de Maymon, célebre en tiempo de los españoles por la riqueza de sus minas de cobre. Las casas eran todas *bubias*, menos una que se distinguía de las otras por la elegancia de su construcción y por el crecido número de árboles frutales que había en ella. Un molino desmantelado que estaba cerca, indicaba que antiguamente se había cultivado allí la caña de azúcar. Al lado vi cañas de bambú de una altura extraordinaria; varias de ellas eran de 150 á 200 pies de altas.

Por séptima y última vez atravesamos Maymon, pero había allí tantos caminos, que no sabíamos cuál elegir entre ellos. Felizmente nos encontramos con algunas muchachas que nos sacaron del apuro, y bien luego llegamos á las orillas del Inna. El sol estaba ya en la mitad de su carrera, y la sombra de las *habillas* nos convidaba al descanso. En efecto, nos apresamos á tomar un bocancho, y un negro anciano que pasó por allí, nos dijo que el hatillo de Maymon al pie de la montaña magnética estaba mas lejos de lo que yo creía, de modo que no podríamos llegar sin ser de noche.

El camino real que debíamos seguir, atravesaba la montaña de Sing, cuyo suelo ha sido hollado por muy pocos viajeros. El camino iba hácia abajo, de modo que cuando nos sorprendió allí una fuerte tempestad, nuestra posición era de las mas críticas. Los árboles se doblegaban con la furia del viento, y los bejuques eran llevados por el aire como una paja; á cada paso se espantaban los caballos. La dificultad del camino, la espesura de la selva, y la oscuridad que reinaba, los silbidos del viento, todo esto me produjo una impresión que no olvidaré fácilmente.

Por fin, la tormenta se apaciguó y el sol resplandecía en el hori-

nie en que han progresado muy poco, puesto que hasta para los fusiles emplean la mecha. Hay lanzas de varias formas; las unas son pesas y las otras se parecen á nuestras alabardas. Generalmente la hoja es larga y ancha con un solo corte ó filo; de manera que sería un arma temible si no fuera tan difícil de manejar. El arco es el arma favorita de los chinos: este es de una madera sumamente dura y elástica, y su cuerda es un tejido de hilo y seda bastante sólido. El sable de doble hoja es un arma muy singular pero poco temible, aunque no he podido apreciarse debidamente su valor en la guerra de los ingleses por la razón de que los chinos nunca se han hallado de cerca. ¿Qué significan en efecto los sables de dos hojas ante las bayonetas y las balas de los europeos?

Los tártaros son muy hábiles en el manejo del arco, y se dan premios á los que mayor destreza manifiestan. Así en la última campaña, de que ya hemos hecho mención, se prometió como recompensa á los que pusieran la flecha en el blanco, que verían la cara del Emperador; premio extraordinario en un país donde al pasar el soberano, á quien llaman hijo del cielo, todo el mundo debe prosternarse burlando la cara en la tierra.

La administración general del ejército y de la marina militar se halla centralizada en Pekín y ejercida por uno de los seis grandes consejeros que dirigen los negocios del Imperio. Si se examina el mecanismo del gobierno en su organización teórica, no deja de sorprender la clasificación regular que se advierte en todas las ruedas y en todos los rangos de la administración. Pero bajo el punto de vista de la práctica ya es diferente: las ambiciones hacen valer sus maquinaciones allí como en Europa; las intrigas y la corrupción hacen prevalecer la injusticia en los concursos; y así el consejo de guerra de Pekín se veía incapacitado de organizar un cuerpo de defensa en caso necesario. Comparando la pólvora china con la inglesa, se observa que una y otra están compuestas de los mismos elementos y casi en iguales proporciones. La inglesa tiene 75 partes de salitre, 13 de carbon y 10 de azufre; la de los chinos consta de 73,7 partes de salitre, 14,4 de carbon y 9,0 de azufre. El salitre se encuentra con abundancia, y el consumo de la pólvora es grande, pues no hay fiesta en que los chinos no la empleen con prodigalidad. En las márgenes del río de Cantón hay una ciudad de 500,000 almas, donde se oyen frecuentes detonaciones en los crepúsculos de la aurora y de la tarde. No hay buque que á su entrada ó salida del puerto no sea saludado por numerosas descargas, y hasta las flotas de pescadores hacen ruido á porfía para alcanzar el favor de las divinidades. Desgraciadamente para los chinos, la pólvora no les sirve mas que para hacer ruido en sus fiestas nacionales y ceremonias religiosas; pero muy poco para resistir las agresiones de un ejército disciplinado.

Hemos hablado ya de los fusiles chinos, que habiendo de descargarse con la ayuda de la mecha, son mas peligrosos para los que se sirven de ellos que para los enemigos; pero aun no habíamos dicho nada de sus cañones, que no valen mucho mas que sus fusiles. Háblase (y esto prueba la antigüedad de la pólvora) de un sitio en el año 737 en el cual los tártaros hicieron uso del cañon y de la mina, y el P. Gaubil en su *Historia de la dinastía mongola* cuenta que durante otro sitio sostenido en 1272, lanzaban los chinos bombas muy semejantes á las que hoy conocemos. «Eran, dice el autor, unas piezas de hierro en forma de ventosas que estaban por dentro llenas de pólvora, de modo que cuando se inflamaba producían un ruido parecido al trueno. El punto en que caían quedaba ennegrecido, extendiéndose la señal del fuego á mas de dos mil plés, y si este luego tocaba á una coraza de hierro la hacia trizas. No se puede dudar, pues, que los chinos han conocido la pólvora y hecho uso de los proyectiles desde tiempos muy remotos; pero han sido siempre tan torpes en la artillería, que el mismo emperador, convencido de su impotencia en los principios del siglo XVII, aceptó los servicios de los portugueses para resistir á los tártaros. Los ingleses cogieron algunos cañones á los chinos y los hallaron inútiles para la guerra, no solo porque son pesados sino porque revientan con mucha facilidad.

En cuanto á las fortificaciones se observa el mismo olvido de las reglas del arte. La fortificación es elegante y presenta de lejos un aspecto imponente; las murallas tienen cierta solidez, pero sus frentes están dispuestas de tal modo, que los cañones solo pueden tirar de frente. Además la mayor parte de los fuertes están defendidos solamente por un lado. Basta por consiguiente desembarcar á algunos pasos del fuerte y hacer una ligera conversion para tomarlo, como le hicieron los ingleses con grande asombro de los chinos que no habían siquiera sospechado tan sencilla maniobra.

Vemos, pues, por los detalles que preceden la poca significación militar del celeste imperio; la organización de sus tropas, la imperfección de sus armas, la disposición y medios de defensa bastan, en fin, á explicar las victorias de los ingleses. Algunos regimientos europeos harían la conquista de la China en breve tiempo si solo tuvieran que luchar contra los hombres.

LA ESTRELLA DE LA MAÑANA.

Entre los primeros franceses que visitaron el interior de América, uno de los mas conocidos es Pedro Blondeau, que después de haber aprendido el oficio de barbero con uno de los mejores de París, salió á correr el mundo con un fraile dominico, llamado el padre Francisco, que lo había recibido en clase de criado y de compañero de viaje. El famoso proverbio que dice: «como el amo es el criado,» no tenia aplicación en este caso, porque jamás se vió pareja mas discordé; el mozo era muy fino y delicado, y el barbero lo que se llama vulgarmente un buen diablo, un hombre á la pata llova.

El amo era sério, austero y grave; el criado era ligero, revoltoso, hablador como un papagayo, alegre como unas castañuelas; siempre cantando, bebiendo, bailando y tocando la flauta; el amo deploraba la depravación del siglo y la perversidad del corazón humano; el criado creía que este era el mejor de los mundos posibles, y que no se podía jamás divertirse con exceso; amaba á todos los hombres, y particularmente á los que le convidaban á beber; adoraba á todas las mujeres, pero sobre todas á Anita, con quien debía casarse al volver á Francia. Amo y criado se parecían sin embargo en que los dos procuraban corregir los defectos de su prójimo; pero el bueno del fraile corregía los defectos del corazón, el barbero los del peinado; el primero libraba á las almas de sus vicios, el segundo desembarcaba las mejillas de una vegetación importuna y superflua. El padre Francisco quería á Pedro porque conocia su buen natural; y Pedro amaba al padre Francisco porque veía en él el mejor y mas indulgente de los amos y de los confesores.

De vez en cuando solian tener sus disputas. Pedro queria tener siempre razon. El fraile lo escuchaba con sangre fria, y cuando Pedro reconocía su error, su buen amo no le negaba nunca el perdón, que recibía el barbero derramando abundantes lágrimas; pero al día siguiente se repetía la escena que concluía con la misma reconciliación.

Estos séres tan divergos partieron para América, y desembarcaron en la Nueva-Orleans para dirigirse al Illinois, á donde habían penetrado todavía pocos europeos. Al sacerdote lo llevaba el deseo de predicar en aquel país el Evangelio para convertir á los salvajes y hacer cesar los sacrificios humanos; el criado tenia curiosidad de ver la fuente de Jouvence (1), los cisnes de cabeza de loro, los lobos blancos y las jóvenes de tez roja.

Pedro había hecho la herba en Francia á mas de una legonza tomada por el sol de la Luisiana; él había tenido entre el pagar y el juicio mas de una nariz que había aspirado los dulces perfumes de la Florida, la tierra de las flores; había oído maravillas de aquel país; unas de oro donde este metal se encontraba en barras de treinta y cuarenta libras; lagos cuyas aguas rejuvenecian á los que se bañaban en ellas. Todo esto le parecia perfectamente creíble; pero no podia concebir que las jóvenes fuesen rojas en un país donde los lobos eran blancos, ni que los bisontes (2) tuvieran herba, cuando los hombres no la tenían. El ejemplo de tanto aventurero convertido en gobernador ó príncipe, estimulaba su ambición.

No dudaba que al lograrla tambien descubrir alguna region desconocida, y ya se consideraba como otro Colón, añadiendo á la corona de Francia muchos millones de súbditos. Ya se veía vestido de títulos y honores; el rey le creaba duque y par; el primer ministro le ofrecia su hija en matrimonio; pero él rebasaba la oferta, aunque fuese brillante, para guardar fidelidad á su querida Anita.

Anita, en verdad, no tenia fortuna; pero ¿qué importa? No era él rico como Cresó ó los Fúcaros? El enriquecerá á Anita; él la cubrirá de joyas, él la podrá tan alta como las damas principales, y la hará digna de él.

Asi discurria Pedro, y nada en el mundo hubiera podido destruir sus brillantes ilusiones. Esperando él ser un gran señor, continuaba manejando la navaja y los peines; él afeitaba semanalmente á toda la tripulación del buque que lo llevaba á América; y cuando la mar estaba en calma, bailaban los marineros al son de su flauta.

Bólo en la capital de la Luisiana, al borde de su paraíso terrenal. Por desgracia los placeres de este paraíso tienen algunas espinas; el suelo de este Eden está sembrado de serpientes de cascabel, la atmósfera está cubierta de mosquitos, y la fiebre amarilla se lleva á un hombre en veinte y cuatro horas, sin que nadie haga caso. Esto despoja un poco el entusiasmo barberil, pero no encendió su fé en sus futuros elevados destinos.

Desde los primeros dias de su llegada á la Nueva-Orleans, el padre Francisco había tratado con mercaderes de pieles y con cazadores que debían remontar el Missisipi hasta el país de los Illinois. La es-

(1) A la que se le atribuye el prodigio de rejuvenecer.

(2) Toros.

pedición partió en lo mas fuerte del estío; el viaje fué largo y agradable. Por la noche se amarraban las barcas á los árboles de la orilla; erigíanse tiendas en el bosque; se hacían hogueras; se comía caza muerta á dos pasos, en las selvas todavía vírgenes.

Los indios, sorprendidos con el color de los europeos, aterrados por sus armas, los consideraban como á seres sobrehumanos, y les ofrecían votos como á Dioses; ó bien los consideraban como demonios, y huían á su aproximación dan to señales de espanto y miedo.

La naturaleza de América desplegaba á la vista de nuestros viajeros toda su magnificencia. El profundo río, tan claro como el cristal, corría con un movimiento lento y casi imperceptible, que no dificultaba la navegación; los innumerables árboles que guarnecían las márgenes ofrecían grata sombra á los barcos, preservándolos del ardor del sol; el cisne bogaba pacíficamente sobre el espejo azul que reflejaba la nieve de sus alas; el pajarero papagaño, el águila juguetona saltaban de rama en rama y parecía que celebraban la venida de los extranjeros que visitaban su retiro favorito.

Mil árboles cargados de frutas mojaban sus ramas en el río, y la salvaje vid, abrumada bajo el peso de sus racimos, parecía que escitaba la codicia del viajero. Gamos y ciervos de graciosos cuernos enredaban sus cornamentas en las ramas de los árboles; los toros bajaban á beber en la limpida onda; nubes de pajarillos guarnecían la playa ó surcaban el cielo.

Cuando llegaron al Illinois entraron en un pueblo donde fueron recibidos con las mayores muestras de la mas cordial hospitalidad. El cacique, rodeado de sus consejeros y guerreros abigarrados de brillantes colores, y con plumas en la cabeza como signo de paz, les salieron al encuentro y fueron convidados á comer y á alojarse en el palacio del primero, palacio que era una cabaña de tierra y de cañas. Sirviéronse una comida compuesta de jorobas de búfalo, colas de castor, cabezas de ciervo y perrillos asados con grasa de oso. El padre Francisco tan sensible á los placeres de la mesa como á los de la beneficencia, no dejó de honrar tan espléndida comida; pero por no perder el hábito de predicar, dirigió á sus huéspedes, en tanto que probaba sus manjares, un sermón contra la incontinencia, despues del cual procuró hacer comprender al rey y á su corte que, para que las viandas sean esquisitas, es menester ponerlas pimienta, sal y otros ingredientes de que no tenían noticia estos pueblos primitivos.

Pedro alabó mucho la comida, excepto los perrillos. No podía él concebir que se comiera un animal que, por su inteligencia, está tan cerca del hombre; á sus ojos era casi tan malo ser comedor de perros como de hombres. El hubiera preferido un cochinito ó un conejo, y al efecto los recomendó á la atención del cocinero de la corte.

Despues de la comida, los salvajes ofrecieron á los dos franceses diferentes presentes, entre otros plumas de pintadas aves, pieles de zorro y de maría, de cocodrilo y de culebras, y una docena de jóvenes de quince á diez y ocho años. El buen fraile aceptó los cocodrilos y las serpientes, y rehusó las doncellas; el barbero hubiera hecho á haberse atrevido, todo lo contrario, pero una mirada de su señor le recordó su deber.

— Dos siqueras, dijo Pedro, me contento con dos solas.

— Ni una, repuso el inexorable misionero, con gesto imperativo.

— Es por mera curiosidad, dijo Pedro, para enseñarlas en Paris.

— Si tales es tu deseo, dijo el fraile, toma un loro, un búfalo, una culebra de cascabel ó cualquiera otro animal que te acomode; yo te lo permito, pero las muchachas, no.

Concluidas las exhortaciones del padre Francisco, fué conducido éste á un cuarto donde se reclinó sobre pieles de bisonte para hacer la siesta. Mientras dormía, algunas mujeres le hacían aire con plumas de cisne, y espantaban los mosquitos con colas de ardillas.

Cuando nuestro misionero se creyó dueño del afecto del rey y del pueblo, intentó hacerles conocer el objeto de su viaje, y ensayó el orientarlos sobre las ventajas de la civilización; enseñóles la luna á través de un telescopio, y les explicó el uso del reloj y de la brújula. Los Illinois tomaron aquellos instrumentos por animales, y trajeron provisiones para alimentar aquellas bestias, desconocidas en el pais.

Las lecciones de astronomía les divertían mucho, pero mientras el padre les enseñaba el curso de los astros, aquellas gentes le desocupaban los bolsillos con la destreza de los mas hábiles rateros de Europa.

— Este pueblo, decía Pedro, no está por lo visto tan atrasado como suponíamos; casi está civilizado.

Al día siguiente por la mañana Pedro fué á llevar el auxilio de su arte á los jóvenes de la ciudad que se vestían en el bosque, á orillas de un riachuelo. El adorno de los del Illinois consistía en picarse la piel y pintárseja de diferentes maneras, y en enganarse con plumas de ave. Pedro peinó á los hijos del rey con un gusto que maravilló á toda la corte; luego los pintó con una riqueza de colores, sin ejemplo

en aquel pais. Hechas estas operaciones y la de la barba, les permitió contemplar cuanto quisieron sus navajas, sus peines, su espejo y demás útiles. Desde aquel momento consideraron á Pedro como un gran *nachos*, y si no lo colocaron del todo á la altura del padre Francisco, por lo menos juzgaron que era su profeta.

(Continuará.)

CELLOS.

BALADA.

I.

De un arroyo en la orilla
creció una rosa,
toda amor y pureza,
gala y aromas.
Miróla afana
el arroyo y de gozo
viró sus aguas.

En su líquido seno
copió su imagen,
y acarició su tallo
con beso amante.
Y en su ternura,
salpicó su corola
de linfa pura.

De Estío una mañana,
el Sol ardiente
vió á la flor dando besos
á la corriente.
Ardió celoso,
y abrasó con sus rayos
al claro arroyo.

Cerró la flor su cáliz
nevado y puro,
y del arroyo amantía
cesó el murmullo.
Gimió de celos,
y al espirar la tarde
estaba seco.

II.

Ligera y blanca nube
baja, y gozosa
la flor enamorada
tiende sus hojas.
Su cáliz besa,
y ella, en blandos suspiros,
le da su esencia.

Pero del Sol la llama
brilla en Oriente,
y el nevado celaje
se desvanece.
Al cielo se alza,
y al cáliz de la rosa
deja una lágrima.

De la flor en el seno
brilla el rocío;
cuando hora las cumbres
el Sol de Estío.
Que entre las flores,
el rocío es el llanto
de los amores.

Cerró su cáliz puro
triste la rosa,
mientras el Sol doraba
sus blancas hojas.
Vivió aquel día;
y al otro, el Sol ardiente
la halló marchita.

JUAN A. VIEDMA.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alambra.